

BULTZADA



Beep beep beep, alarma del móvil... Me despierto, mejor dicho, me despierta el teléfono móvil. Son las cuatro menos cuarto, me despierto de una siestita de 20 minutos; me levanto de mi sillón delante de la tele. Agua fría en la cara, peinar los pocos pelos que uno conserva, ponerse los zapatos, llaves de casa y cartera al bolsillo y a la parada de autobús.

Pillo el de las cuatro y diez. Hoy no coincido con nadie en el autobús, subo, me siento y miro las calles que he recorrido infinidad de veces. Atasco y tráfico lento. Llego a Intxaurreondo hacia las cuatro y veinte. Paseo despacio, llego puntual a las cuatro y medio.

Antes de verlos, son ellos y ellas los que me ven: "aitona", me chillan con rostros sonrientes y alegres. Los más trastos del patio amagan con darme sustos, aunque me abrazan. Quiero a esas personitas. Las tengo que ayudar en todo lo que pueda. Quiero ayudarlas, deseo lo mejor para ellas y ellos, las miro con cariño; ojalá se acuerden de mí cuando sean mayores. Ojalá se acuerden que hace mucho tiempo un hombre calvo, con gafas y que tenía un bigote muy blanco les ayudaba a hacer las etxekolanas (deberes).

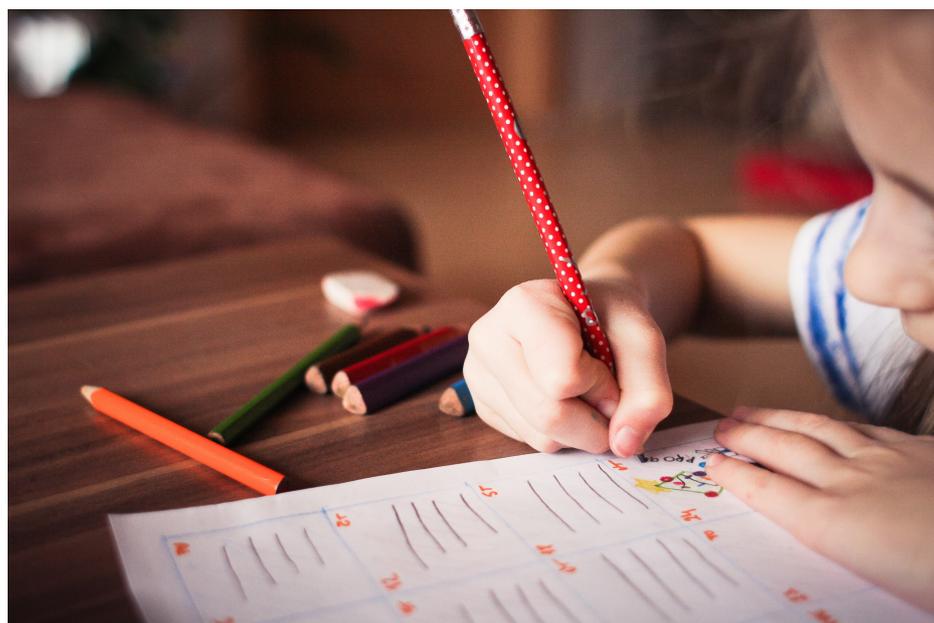
Se me hace extraño, soy ya mayor, he sido profesor durante docenas de años. Soy abuelo, ¿y qué? Ahora con la misma ilusión de uno que estrena trabajo y vivencia, incluso pelín nervioso, se autoexige bondad y eficacia para con el alumnado de Bultzada: programa de seguimiento de apoyo escolar de CARITAS GIPUZKOA. Los quiero. Es otra pantalla vital en mi vida; pantalla que vivo con renovada ilusión difícilmente contenida. Lo quiero hacer bien. Así lo haré.

Pero... pero... pero...

El virus lo ha trastocado todo. Todo se rompe. Todo cambia. Todo se interrumpe. Cambia. Tatareando la letra de la canción "Llegó el virus y mandó parar". No los veo desde hace casi seis meses. Me acuerdo de todas y todos. No los olvido, ni olvidaré.

Me pregunto cómo estarán; cómo se arreglarán en sus casas; cómo ordenarán su cronograma doméstico de 24 horas; cuál será la mínima disciplina necesaria en sus casas; pienso si nos volveremos a ver; visito periódicamente al abuelo de uno de ellos que tiene un pequeño comercio de pescadería y le pregunto por su nieto y le mando recuerdos y ánimos. Salgo apesadumbrado a la calle después de comprar algunas anchoas: pienso que volveré dentro de 4 o 5 días.

Pero todo vuelve, me acaban de comunicar que continuamos, Bultzada sigue. Bultzada, el programa de escolarización y socialización continúa. Me alegro, y mucho. Sé que los volveré a ver y pronto; reconozco que me estoy poniendo un poco nervioso. Sé que me emocionaré, sé que me tendré que contener y controlar. Estoy muy contento e ilusionado. No dejaré que el miedo me paralice, no tendré miedo al miedo. Sé que tendremos las máximas garantías de seguridad: distancias, mascarillas, gel, ventilación de las aulas... Asumiremos el mínimo riesgo posible, pero Bultzada debe de continuar.



Cada día de la vida tiene reto, su obligación a cumplir, su conducta a desarrollar. Siempre he pensado que la solidaridad y el acompañamiento para con la persona más vulnerable es obligación ética, esté uno donde esté. Aquí o allí. Cerca o lejos. "Arriba", o no tanto.

Beep, Beep, Beep...

Es la alarma del móvil. Fin del sueño. Me despierto. Me levanto de la cama. Reconozco que el sueño que he tenido hoy es el sueño de los sueños, el sueño en el que sueño; el sueño que quiero que se convierta en realidad; el sueño en el que creo; el sueño del proyecto de CARITAS GIPUZKOA, Bultzada. El sueño de la solidaridad entre las personas; el sueño por un mundo mejor; el sueño de un mundo más justo y de todas/os.

Bultzada. Sueño y realidad. El sueño de la realidad, ojalá sea la realidad del sueño. El sueño de la solidaridad. De la solidaridad despierta. Muy pronto los volveré a ver, daré con y por ellas/os lo mejor de mí mismo. Bultzada en el corazón, un corazón que vive y respira. Bultzada.

José Manuel Bujanda Arizmendi

